

ECO DEL SEGURO

AÑO VII.

CIEZA 19 FEBRERO DE 1911.

NÚM. 295.

BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, LORCA, LA UNIÓN, ÁGUILAS, ORIHUELA MAZARRÓN. CIEZA
CARAYACA, MELILLA, HELLÍN, EL CHE. CADIZ Y YECLA.

CAJA DE AHORROS

Saldo anterior	Ptas. 14.605.673'30
Imposiciones durante la semana	637.788'03
SUMA.	Ptas. 15.243.461'33
Reintegros.	540.627'40
SALDO	Ptas. 14.702.833'73

Cartagena 4 de Febrero de 1911

SUCURSAL DE CIEZA HORAS DE DESPACHO CAJA: De 9 á 1, y de 3 á 4 y 1/2. OPERACIONES Y GIROS: De 10 á 1.

¡Adelante!

Tarea penosa es la del periodista. Esto, de tener forzosamente, que llenar cuartillas y más cuartillas de algo que merezca general aplauso, halla ó no de que tratar, esté ó no bajo presiones distintas de ánimo; esto, en fin, de tener imprescindiblemente, que forzar el cerebro para verter al papel ideas; retorcer el corazón y hacer, se pueda ó no, el papel de víctima, teniendo que sonreír al pueblo, que, verdugo sin entrañas, corta el hilo de nuestro existir, es el trabajo más ímprobo, es la más insostenible labor que la sociedad y el medio ambiente que respiramos, pudo adjudicar, en el reparto de puestos sociales, á los desventurados, que cupo en suerte tan desdichada herencia.

¡Cuan amargo es el pan que, amasado con acíbares de sufrimientos, tenemos que comer, los que formamos fila en la palestra periodística!

¡Cuántas veces, las circunstancias nos llevan á tocar asuntos que nos inspiran repugnancia, ó nos producen veneración, tratándolos de diferentes forma de como sentimos ó pensamos lo grande era los aplausos ó ya las protestas de los partidarios de las opuestas tendencias de las doctrinas combatidas ó alabadas!

Y, sin embargo, el periodista colocado en su puesto, no lo deja en el abandono, como ciega veces lo haría, porque materialmente no puede; como el soldado no deserta del lugar ó desempeño que se le mandó ocupar, ó que se le encomendó, porque, sabe que, al hacerlo, será fusilado, sin tener en cuenta ni las presiones de ánimo que le dominaban, ni las exigencias que marca la ley en toda comisión de delito.

Nosotros, los que nos ganamos el

pan con la pluma; nosotros los desheredados de las venturas y de los gozos terrenos; nosotros que cumplimos al pié de la letra el imperioso mandato de: *ganarás el pan con el sudor de tu frente*, tenemos, como todo lo que es de público dominio, la censura como premio, la crítica como galardón y el anatema como esperanza.

Si tratamos los asuntos como deben tratarse, con la seriedad que requieren, sacando á la faz del mundo y presentando, como son, á los que faltan á las humanas y divinas leyes, se nos moteja de ineducados, de sándios, de imprudentes. Si, por el contrario, tratamos las cosas por el lado cómico á fin de que el cáustico sea más llevadero, no nos faltan Zóilos que como á Homero nos silben, adjudicándonos los adjetivos de payasos y bufones.

Si vertemos á los moldes nuestras quejas justas, de arbitrariedades consumadas, se dice que estamos incapacitados para hacerlo, porque inexpugnable valla nos veda entrar en recinto tan reservado. Si, por el lado opuesto nos echamos, esto es: si no tratamos asuntos de general interés, se proclama que somos sosos, que estamos demás.

¿En qué quedamos? Si defendemos la Religión, somos beatos; si no nos ocupamos de ella, ateos; si queremos que no se infrinja la ley, inquisitoriales; si pedimos igualdad para todos, ante ella, socialistas; si escribimos doliéndonos de las desgracias de la Patria, provocadores del motín; si como batimos á los Gobiernos, antipatriotas. En una palabra, hagamos lo que fuere, y escribamos como escribamos, es imposible tener, no el aplauso general, ni siquiera el *visto bueno*, de una de las tres cuartas partes de los lectores.

El que esto escribe, cuando deja correr la pluma sobre la tersa blancura de las cuartillas, está bajo una presión horrible, que no le deja coordinar una idea; está bajo un estado de

ánimo que no sólo oscurece su cerebro sino que nubla sus ojos con espesa venda; tan espesa, que ni siquiera ve claras las letras que salen de los puntos de la pluma acerada.

Y, no obstante, los lectores, (los estoy oyendo) cual menos cual más, dirán seguramente: «Y que nos importan á nosotros esas penas. Es inútil la queja; nadie ha de escucharla.»

Estamos conformes. Es inútil que os diga lo que antes consigno; es en vano que quiera decirlo lo que siento y lo que me atormenta. Pero ya que no calméis el pesar que me daña, no censuréis mis escritos.

Dejadme y no es burléis de ellos, que yo los aguantaré solo en el silencio de la soledad.

«Mas esto que pides no puede ser», también os escucho.

Si escribo y os digo lo que siento soy un Jeremías á quien no habéis de oír, y, por otra parte, tengo que cumplir el deber de llenar cuartillas y cuartillas, y separando de mi espíritu lo que lo atormenta y lo daña y destrozando á mi corazón he de cumplir mi cometido.

¿En qué quedamos? En qué? Triste, tristísima condición es la del periodista, y sobre todo la del obrero intelectual que ha de ganarse forzosamente el sustento, amasando el pan con el agua de los pesares y de las desgracias.

¡Dichosos los que no sienten ni padecen; dichosos los que no tienen corazón para sentir, ni cerebro para pensar.

¡Triste condición la nuestra, y penosa tarea la que padecemos! ¡Pobres de nosotros los periodistas!

Labor insostenible la que las circunstancias sociales y el medio ambiente que respiramos, nos adjudicaron en el reparto de los puestos de la escala humana.

A veces, si no fuera por los afectos

que nos atan con ferréa ligaduras á la vida, tal vez, obligados por las circunstancias, como antes decimos, emprendiéramos sondas contrarias á nuestras maneras de ser, de pensar y de sentir.

Todos los que conmigo y como yo estáis, oidme: No desmayemos.

¡Adelante!

La jornada es corta, y entonces, cuando lleguemos á la meta, entonces, los vencedores serán los vencidos! Entonces nos tocará reír á nosotros.

RAMÓN M.^a CAPDEVILA.

CONVECCIONALISMO

Virtudes desamparadas

Estamos en pleno periodo de infidelidades. Y tantas son las que se registran, que ya no chocan ni llaman la atención.

Infidelidades de todas clases y colores: relativas al amor, á la política, á la religión, á la amistad... ¡todo!

De vez en cuando las infidelidades levantan ambollas como montañas, y entonces ocurren catástrofes como terremotos.

La infidelidad, por monstruosa que sea, va resultando simpática. En estos tiempos corrientes en que todo el mundo se mofa de la satisfacción del deber cumplido, la infidelidad sugestionada.

Hasta es un camino para la celebridad. ¿Quién se ocupa de los leales, de los buenos de los fieles? ¡Nadie! Todo el bombo y todos los platillos son para quienes se onfangan en la infidelidad.

No hay más que ver las revistas ilustradas y los grandes rotativos. Se ha cometido un crimen familiar de

